

LIBROS

Frankenstein,  
en  
Madrid

En una de las composiciones que integran la "Balada de Carabanchel y otros poemas celulares" (1), el autor se dirige a sí mismo la pregunta:

¿Qué es esto? ¿Una balada?  
¿Lo llamaríamos libro de poemas?

Esto tiene argumento.  
Entran y salen personajes (...)  
Ningún parecido  
con la "Balada de la Cárcel de Reading"  
del señor O. W.

(El poeta reflexiona, estupefacto).

A pesar de estas palabras de Sastre, el paralelo existe, cuando menos, a nivel de la experiencia, del dolor y la emoción que embebe en ambos casos la admirable expresión del mismo. Tenga para mí la "Balada de la Cárcel de Reading" por la obra mejor y más auténtica de Wilde, y extendiendo el mismo juicio al breve, densísimo libro de poemas que acaba de publicar Alfonso Sastre. Confesaré de entrada que (con razón o sin ella) no formo parte de los numerosos admiradores de la vasta obra teatral de nuestro autor (o, por mejor decir, de la pequeña parte que de ella conozco), y nadie podrá tacharme por tanto de partidismo si expongo ahora los sentimientos encontrados que la lectura de su "Balada" me ha producido.

Hablar de emoción sería poco. La "Balada de Carabanchel" es uno de esos rarísimos libros en que verbo y acción se confunden —en que las palabras, respaldadas por una experiencia real, cobran un fulgor particular, dejan de ser meros vocablos, se transforman en arma: guillotina o cuchillo—. Obra comprometida, sí, pero, a diferencia de la inmensa mayoría de las que se venden por tales, no se trata

(1) Alfonso Sastre: "Balada de Carabanchel y otros poemas celulares". Ruedo Ibérico, París, 1976. 78 páginas.

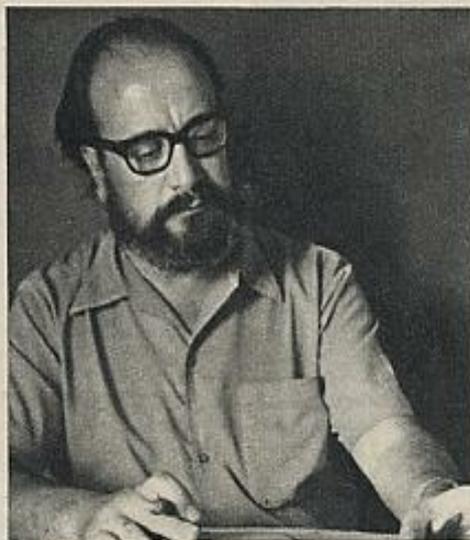
ni de un compromiso superficial, a nivel de credo o ideología (la consabida exposición en verso de las creencias o concepciones de nuestro tiempo, cuando no de meras consignas y aun de estadísticas de producción a que nos tienen acostumbrados nuestros poetas), sino de un compromiso total y profundo, de quien se enzarza a luchar a cuerpo entero con la vida y con la palabra (en el sentido que da Leiris al término en su extraordinario ensayo "La literatura considerada como una tauromaquia"). Cuando el poeta dice:

El dolor es enorme  
esta pequeña cuota  
la acepto  
pasaporte  
de dignidad

(El poeta se acuerda de los demás y acepta su cuota de dolor),

Oh si yo pude comprender en  
[mi mismo  
la soledad enorme  
del monstruo del Doctor Frankenstein  
Causa horror a su paso  
Llamo a una puerta y ahogan un  
[gran grito  
pero a mí me susurran pasa  
[pasa  
escuchan mi voz y tiemblan al  
[teléfono  
se oye el continuo estruendo de  
[la gran calda  
desaparece todo militante  
salgo a la calle el monstruo  
[avanza es yo (...)  
Me aparezco de pronto en Auto  
[res por dinero  
Siembro el horror por donde  
[quiera voy aún  
Entra en una embajada  
Toma dinero ¿necesitas?  
Vete, vete.

(¿Porqué te presentaste?)



Alfonso Sastre.

lo hace desde este punto privilegiado (¡patrozo privilegio!) en que la realidad del contexto ciñe, adensa, valora cada una de sus palabras. Retórica, no; exposición lúcida de un calvario vivido en el desierto siniestro de una ciudad de tres millones de habitantes:

Veamos  
la soledad del monstruo del Doctor Frankenstein  
[tor Frankenstein  
en un Madrid  
aparentemente normal  
pero  
horrorizado  
con  
sí hablo de mí  
la aparición de mi silueta en  
[una calle  
sonido de mis pasos frente a  
[una puerta  
timbre de mi voz al teléfono (...)

Asumiendo la imagen fenomenal y deforme de la criatura del Dr. Frankenstein, Sastre nos devuelve cruelmente en su espejo nuestra propia, aborrecible, imagen. La dialéctica brechtiana es totalmente efectiva aquí: en vez de retrasarse él nos trata a nosotros. Madrid es la pesadilla obstinada que describía Larra. El monstruo es Madrid. Nosotros somos los monstruos.

El zarpazo brutal de la vida (perdón, de los enemigos jurados de ésta) ha alcanzado al poeta en el punto más doloroso y sensible: el verdadero cuento de horror acaecido a su mujer, su compañera. Imposible leer sin vergüenza y emoción los terribles versos acusadores de "Nada nuevo". La realidad excede la imaginación, pero, pasado lo más duro de la prueba, nos dirá

bellamente Sastre, "ella resplandece donde estaba".

Por fortuna para el lector, sacudido por la fuerza del impacto, el poeta alterna la evocación de ese pasado impensable, pero real (vgs.: "TV en la taberna: horror y nuevas aventuras", "Versos en los que no se sabe cómo decir las cosas") con la de un presente que aparece, por contraste, aun dentro de los inhumanos límites de la cárcel, abierto a lo futuro, a la esperanza ("Una noticia tonta", "Comunicación 20 minutos" o "De prisión a prisión"):

Ya ves qué fácil es  
No ponemos sello qué ventaja  
Escribese en el ángulo superior  
del sobre [derecho  
esta frase notable  
de prisión a prisión  
y basta  
la carta llega  
o no.

En "Otros poemas celulares", la vena lírica de Sastre entronca con las más afortunadas composiciones de Miguel Hernández, escritas también (para España no pasan días) en circunstancias muy similares ("Carta a mi hijo Juan en octubre", "Soneto a la Yaya" y, sobre todo, las delicadísimas "Seguidillas a su hija"):

Conociste los hierros  
de las prisiones.  
(El de mamá y el tuyo,  
dos corazones.)  
Nadie me quita  
que tú fuiste la presa  
más chiquita.

Hay que leer y releer la "Balada de Carabanchel", empararse en sus páginas estremeedoras, poner fin al deliberado mutismo que envuelve los hechos y personas que en ella aparecen. Escribo estas líneas ignorando aún si el reciente Decreto de amnistía del 30 de julio se aplica a Eva Forest y sus compañeros. "¡Qué vergüenza el silencio donde ahora se produzca!", nos dice el poeta —y debemos romperlo—, en efecto, denunciando el oportunismo y la cobardía donde quiera que se cobijen, convirtiendo la lectura de la "Balada" en algo más que un mero ejercicio poético. El libro de Alfonso Sastre tendría que ser de lectura obligatoria para todos los contemporáneos de la pesadilla que evoca. Dicha pesadilla no se debe repetir jamás —en ningún régimen ni país—, bajo ningún pretexto. Depende de nosotros, y sólo de nosotros, imponer su extirpación de nuestro suelo y hacer que esta "Balada" deje de entenderse por fin, porque, como dice con sencillez el poeta, "España será otra". ■

JUAN GOYTISOLO.